

## TÉCNICA, ESPACIO E INSULARIDAD EN LA ENCICLOPEDIA DEL AMOR EN LOS TIEMPOS DEL PORNO<sup>1</sup>

MARCELO NAVARRO MORALES  
Universidad de la Frontera

---

Este trabajo analiza un corpus de cuentos y microcuentos publicados en la *Enciclopedia del amor en los tiempos del porno* (2014) de Josefa Ruiz-Tagle y Lucía Egaña Rojas, con el objetivo de explorar la relación entre la imaginación autocentrada del single y la proliferación de entornos, atmósferas y espacios móviles altamente individualizados que caracterizan la metrópolis contemporánea. Inmersas en una inédita ficción de autonomía, las subjetividades representadas en estos textos requerirían de estos espacios de inmunidad ortopédica para efectuar un proceso de auto-simbiosis o autoemparejamiento y suplementar técnicamente sus respectivas posiciones de identidad.

PALABRAS CLAVE: espacio, técnica, insularidad, autosimbiosis.

### **Technique, Space and Insularity in *Enciclopedia del amor en los tiempos del porno***

This research analyzes a corpus of stories and micro-stories published in *Enciclopedia del amor en los tiempos del porno* (2014), by Josefa Ruiz-Tagle and Lucía Egaña Rojas, with the objective of exploring the relationship between the self-centered imagination of the single and the proliferation of environments, atmospheres and highly individualized mobile spaces that characterize the contemporary metropolis. Immersed in an unprecedented fiction of autonomy, these subjectivities require these spaces of orthopedic immunity in order to overcome the difficulties related to living alone and to carry out a process of self-symbiosis or self-pairing and to supplement their respective identity positions.

KEY WORDS: space, technique, insularity, self-symbiosis.

---

La *Enciclopedia del amor en los tiempos del porno* (en adelante, *EATP*), de Josefa Ruiz-Tagle y Lucía Egaña Rojas, es una compilación de relatos de corta extensión, alfabéticamente ordenados, que representan experiencias sexuales liminares,

---

<sup>1</sup> Una versión más acotada de este artículo fue presentada en el *V Coloquio de Literatura Comparada, Dinámicas del espacio. Reflexiones desde América Latina*, celebrado en Buenos Aires, Argentina (2018), con el apoyo del Departamento de Lenguas, Literatura y Comunicación de la Universidad de la Frontera, Chile.

anormales, subversivas. Esta obra, sin embargo, no se presenta al lector como un libro de cuentos, sino que, retomando las características formales de la enciclopedia, se propone como una fuente alternativa de conocimientos que, lejos de propender a “codificar los flujos del deseo, inscribirlos, registrarlos, lograr que ningún flujo fluya si no está canalizado, taponado, regulado” (Deleuze y Guattari, 2004: 39), se encuentra al servicio de la producción del *diluvio*, es decir, de aquello que no se encuentra codificado y que emerge como algo no codificable, “algo que chorro y que arrastra a esa sociedad a una especie de desterritorialización [...] [y que] no responde a ningún código, sino que huye por debajo de ellos” (Deleuze, 2005: 20). En un gesto que es posible adscribir a lo que podríamos denominar como una narrativa postmoderna, es decir, como una narrativa fruto de la combinación deliberada y tramposa de elementos considerados otrora claramente diferenciados y hasta antagónicos, las autoras de este texto se apropian de la tipología textual enciclopédica para presentar *EATP* como una fuente de conocimiento alternativo, que posibilita la problematización del sistema sexo-género<sup>2</sup> y, potencialmente, la activación y desactivación reflexiva de los códigos dominantes de representación del cuerpo y la sexualidad.

Si bien los cuentos incluidos en *EATP* manifiestan una notable tendencia a representar subjetividades y voces que han reescrito sus cuerpos-textos a partir de prácticas de experimentación corporal, que les abren acceso a nuevas y singulares modalidades de subjetivación, al mismo tiempo, por otro lado, también encontramos en ella otros textos donde se representan subjetividades que emergen como producto de una red de tecnologías de subjetivación serializadas (Guattari y Rolnik, 2006), donde el sujeto, moldeado en una relación de correspondencia con el capital, se encuentra determinado por sus sistemas de representación y de sensibilidad, producidos y promovidos por su sistema cultural. Ciñéndonos específicamente al problema que plantea este último conjunto de textos, esta investigación se propone analizar una selección de microcuentos incluidos en *EATP* con el objetivo de explorar la relación entre la imaginación autocentrada del *single*, sujeto

---

<sup>2</sup> En *Manifiesto contrasexual* (2001), Paul B. Preciado define el sistema sexo-género como una “tecnología de dominación heterosocial que reduce el cuerpo a zonas erógenas en función de una distribución asimétrica del poder entre los géneros (femenino/masculino), haciendo coincidir ciertos afectos con determinados órganos, ciertas sensaciones con determinadas reacciones anatómicas” (Preciado, 2001: 22). Si, según Butler (2001), el sujeto busca el reconocimiento de su existencia en categorías y signos fuera de sí, en un discurso que es al mismo tiempo dominante e indiferente a él, el sexo y el género serían tecnologías de escritura capaces de dotar al sujeto de inteligibilidad social, convirtiendo el cuerpo, en este sentido, en “un texto socialmente construido, un archivo orgánico de la historia de la humanidad [...], en la que ciertos códigos se naturalizan, otros quedan elípticos y otros son sistemáticamente eliminados y tachados” (Preciado, 2001: 18).

mayoritario en las grandes urbes del primer mundo, y la proliferación de entornos, atmósferas y espacios móviles altamente individualizados que caracterizan la metrópolis contemporánea. Siguiendo la lectura de este corpus de textos a través de las propuestas teóricas de Sloterdijk (2006; 2010), Preciado (2001; 2010), Han (2014) y Bataille (1997), entre otros, planteamos como hipótesis de lectura que las subjetividades representadas en estos textos requerirían de estos espacios de in-munidad ortopédica para efectuar un proceso de autosimbiosis y suplementar técnicamente sus respectivas posiciones de identidad.

### En la célula de mundo propia

“Este chico se interesó por el sadomasoquismo tras visitar sex shops de Berlín y Nueva York durante un año sabático que le regalaron sus padres al egresar de cuarto medio” (Ruiz-Tagle y Egaña Rojas, 2014: 28). Estas primeras líneas en “Bondage” explicitan algunas características fundamentales del sujeto del que nos ocuparemos a lo largo de este estudio y que constituyen, a su vez, el motivo del desprecio que manifiesta la narradora hacia él. Dios sublimado en la figura de los derechos humanos es equivalente a la sublimación de la idea de Dios en el dinero: si antes de la modernidad la pertenencia era el precio de la apertura del mundo, ahora en el mundo del capital, la pertenencia se extrapola en las opciones que abre la llave maestra del dinero, en tanto “alternativa operativamente exitosa a Dios. El dinero hace hoy más por el contexto de las cosas de lo que podría conseguir un creador del cielo y de la tierra” (Sloterdijk, 2010: 250-251). La pobreza como forma secular de la excomunión: si antes de la modernidad la exclusión de la eucaristía implicaba la expulsión del espacio social, de las experiencias vitales tuteladas por la iglesia, la modernidad y el capitalismo sustituyen la excomunión por la pobreza, excluyendo al sujeto de las instancias de lujo. Sin embargo, el dinero por sí solo no permite la distensión, en tanto que el sujeto requiere del componente que cruza cualquier instancia de lujo: el tiempo. Para Sloterdijk (2006, 2010), una de las tres tendencias que ha determinado el giro individualista de la sociedad es el incremento de la propiedad personal del tiempo de vigilia, fuera del período dedicado al trabajo, y que ha posibilitado, de forma inédita, la ampliación del tiempo de autoatención del que se alimentan las múltiples posibilidades de confort; en especial, el turismo, en tanto fenómeno cumbre del *way of life* capitalista que ha erigido el antojo turístico como expresión de libertad.<sup>3</sup> El sadomasoquismo, en el contexto

---

<sup>3</sup> En *Esferas III* (2006), en el capítulo titulado “Rosa de los vientos del lujo. La vigilancia, el humor liberado y la sexualidad ligera” (pp. 626-646), Sloterdijk identifica tres tendencias que han determinado el giro individualista de la sociedad contemporánea: (1) la fuerte caída de la natalidad en las naciones industriales y postindustriales ha provocado el vuelco de una gran inversión de energías maternas y alomateriales en cada uno de los cada vez más escasos y deseados

de la enunciación del relato, emerge como una mera extensión del viaje turístico ya que ambos suponen una ampliación del mundo de las experiencias. Remite al espacio global tranquilizado, perfectamente incorporado al “Gran Interior”: Nueva York y Berlín, centros globales del comercio mundial, se oponen por una insondable distancia (política, social, económica) a las zonas pauperizadas del planeta, encontrándose dentro del “espacio interior de mundo del capital” (Sloterdijk, 2010: 30); por lo que aquí la expresión “viaje al extranjero” refiere a un movimiento de traslación de la periferia al centro de una misma unidad geopolítica que, aunque dividida y separada territorialmente, mantiene entre sus partes un vínculo coadyuvante, cuya diferenciación está dada, a lo sumo, por el idioma (español, inglés, alemán) y la moneda (peso, dólar, euro).

Así, la experiencia y el saber de la práctica sadomasoquista en el relato provienen de la “libertad de movimiento arbitrario y gasto a capricho” (Sloterdijk, 2010: 272) procurado por el dinero de los padres del joven turista. De ahí que el relato venga acompañado por indicadores de gasto a pie de página, que dan cuenta detalladamente de la capacidad de derroche del sujeto en cuestión: según los cálculos de la narradora, el monto total de la experiencia sexual sería de 2.498.820 de pesos chilenos, 3.693 euros, 5.316 dólares, incluyendo el costo de los pasajes en avión, la comida en un restaurant, la habitación de hotel y los múltiples implementos usados durante el encuentro, tales como cuerdas, vibradores, preservativos y herramientas de privación sensorial. Ya en el hotel, como si se tratase de la liberación del “hijo interior del dominio del mundo paterno” (Sloterdijk, 2010: 282), la narradora caracteriza al joven turista como un “boy-scout experto en nudos” (Ruiz-Tagle y Egaña Rojas, 2014: 28) que ha tenido que leer previamente el “manual del cortapalos”<sup>4</sup> para llevar a la práctica lo que se traduce, finalmente y para su frustración, en lo que haría “cualquier joven esposo en su noche de bodas” (29) y que, por cierto, adscrito a los programas de planificación familiar, no olvida la barrera sanitaria del condón. Desestimando el ingenuo afán transgresor que impele al joven turista, la narradora reduce este encuentro a la expresión de una sexualidad

---

descendientes; (2) el aumento de la productividad del trabajo, que en el curso de los últimos 150 años ha llevado a un descenso del tiempo del trabajo y a un aumento del tiempo dedicado al cuidado de sí en la mayoría de los seres humanos que ejercen una profesión; y (3) la transformación de la sociedad en un conjunto excitable de clientes, compradores y consumidores dedicados al cuidado de sí mismos, que han roto con “las tradiciones del dogmatismo de la pobreza” (Sloterdijk, 2006: 642) y han liberado o naturalizado la sexualidad que, a la vez, se ha intensificado técnicamente.

<sup>4</sup> La narradora emplea irónicamente la expresión “manual del cortapalos” para referirse a la ingenuidad del joven turista que, para practicar sadomasoquismo, requiere leer previamente el *Erotic Bondage Handbook* (2000) de Jay Wiseman, un libro ampliamente difundido entre los practicantes de BDSM.

familiar y edípica, cuyo foco sigue siendo la penetración vaginal. En definitiva, la sexualidad del joven supone una proyección de la dependencia económica de los padres.

En “Putas” se profundiza en torno a las mismas problemáticas. Este relato se focaliza en la experiencia de una *escort* que, en contra del discurso acerca del trabajo sexual como un ejercicio laboral pauperizado *per se*, ejerce la prostitución por placer o extravío hormonal, lo cual, según sus dichos, repercutiría en sus ingresos al prestar sus servicios de forma gratuita: “Soy la peor puta del mundo, mala del verbo mala. Cuando me da el celo, desviadas las hormonas, me pongo romántica, busco a mis examantes, espío la juventud que se menea a mi lado. Me encantaría aprovechar el celo para rentabilizarlo, pero, atontada, siempre culeo gratis” (125). Luego de reflexionar en torno a su profesión, nos relata su encuentro con un cliente adinerado que la cita en un restaurante francés muy costoso, y en el que observan, en una mesa contigua a la suya, a un artista “premio nacional” acompañado de una joven. Cuando les sirven los platos, la narradora confiesa la vergüenza que sentiría si la mesera se enterara del dinero que gana solo por salir a comer. En sus dichos se evidencia la intención de, por un lado, impugnar el discurso moral acerca del “sacrificio” y “honorabilidad” del trabajo y, por otro, reivindicar el empoderamiento económico de las mujeres en base a la rentabilización de su potencial sexual. Desde el restaurante francés se desplazan en auto al departamento de su cliente. Por medio de un ascensor con voz femenina, suben hasta el doceavo piso, el cual, además de encontrarse adornado por numerosos cuadros de artistas famosos y de poseer múltiples dispositivos interconectados por una red wifi, cuenta con una vista privilegiada al rascacielos y centro comercial más alto de Santiago de Chile y Latinoamérica: el Costanera Center. Desde el departamento, “Santiago no se ve como la ciudad triste que conozco, parece más bien una constelación hermosa en torno a la torre más alta de Sudamérica; ‘el falo’, la llaman” (127). Con estas palabras, la narradora describe la impresión que le provoca observar Santiago desde la perspectiva del departamento, que, como un recorte geográfico de la metrópolis tercermundista dispuesto tendenciosamente, le permitiera apreciar una ciudad otra, nueva y desconocida para ella, a costa de la elisión de la ciudad que conoce y de la cual proviene. Tal como en los países a las afueras del Gran Interior, las zonas depauperadas de la ciudad son elididas por medio de una operación de *profilaxis geopolítica* que las envía a las antípodas de los centros económicos. Sin embargo, la pertenencia a dicha ciudad tiene un costo y una modalidad de pago específica a la cual ceñirse: “Le pregunto si el departamento es suyo. Me dice que la mitad sí, y la otra, del banco. Imagino cada pieza del mobiliario partida en dos” (127). Luego, en un tablet, revisan juntos un catálogo de prostitutas: “Intenta encontrar a la que conoce más, pero no puede. *Son todas iguales. Bellísimas. Cuerpos contra los que no quisiera competir*” (127; énfasis añadido). Su sensación de

inferioridad se agudiza cuando, ya en la habitación, navegan por Internet a través de la televisión comandada por un panel táctil que no responde a sus órdenes: “Mi fisonomía se ha habituado a la brutalidad de los computadores sin marca y mis dedos son bruscos y gordos” (127). Antes de pagar por el encuentro con su chequera, y dar por terminado el servicio, el cliente confiesa que sus expectativas acerca de la prostitución se pueden resumir en la compensación de una carencia de afecto: “De las putas se espera un hombro, compañía’ me dice” (127). Los métodos tradicionales de satisfacción de esta necesidad, las alianzas políticas, religiosas y filiales, son sustituidas por el pago de un servicio cuyas prestaciones, en base al principio de rentabilidad que rige la racionalidad financiera, son evaluadas en función del tiempo y la dureza de la erección técnicamente inducida: “Luego me cuenta que la mayor parte de las veces toma Viagra antes de tirárselas. Lo hace para aprovechar bien las dos o tres horas convenidas. *Mientras más tiempo la tenga dura mayor es el retorno a su inversión*” (127; énfasis añadido).

En esta última cita, la racionalidad financiera aplicada al consumo de servicios sexuales se equipara a la lógica que domina la producción de pornografía, en el sentido de que ambas actividades son potencialmente reductibles a la pura abstracción matemática (Gubern, 2005). El Viagra, cuya administración incide positivamente sobre las variables que determinan la relación costo/beneficio del consumo de los servicios sexuales, se torna un aliciente farmacológico al desequilibrio político entre hombres y mujeres representado en el texto. Desde la extravagancia de la voz femenina en el ascensor, pasando por el Viagra, hasta la vista panorámica al Costanera Center, el texto evidencia que la técnica se encuentra dispuesta para el reforzamiento de la soberanía sexual y económica masculina: de ahí la magnificencia del centro comercial con forma fálica, en tanto figura tutelar del intercambio financiero y de la adscripción nacional a los presupuestos de la economía globalizada. Según Cortés (2004) el rascacielos es la imagen emblemática de la globalización económica, del poder corporativo, el avance tecnológico y la consecución de la modernidad, en tanto que el hombre, proyectándose en la arquitectura, atribuye al eje vertical, al movimiento en dirección ascendente, el carácter de símbolo portador de una escala de virtudes y valores atribuidos a la masculinidad, tales como la autoridad, la autenticidad y la permanencia, que trae aparejado, por otra parte, la disociación entre quienes, ubicados en la cúspide del rascacielos miran *desde* arriba, y los que permanecen anclados a la superficie de la tierra y miran *hacia* arriba. Lefebvre (2013), por su parte, relaciona el espacio horizontal con la sumisión, mientras que al espacio vertical con la dimensión fálica, la arrogancia, la voluntad de poder, la exhibición de la virilidad militar y policial, así como, simbólicamente, la alianza entre el *Ego* y el *Phallus*. De ahí que el texto atribuya al Costanera Center la connotación de figura totémica, de monumento al sistema de dominación económica, técnica y simbólica que legitima al consumidor masculino

de servicios sexuales, quien parece alimentarse de la energía libidinal y el excedente financiero producido por el centro comercial con forma fálica. Coincidiendo con este relato, la fotografía “Un altar en el río Mapocho” (2017) de Carolina Oltra, contrapone dos hitos de la urbe, el Costanera Center, este altar fálico del progreso capitalista, y el río Mapocho, símbolo de la irreversibilidad temporal, del abandono, del olvido (Cirlot, 2006), y habría que agregar de la entropía, desde cuya perspectiva el eje vertical-masculino, es descentrado por el eje horizontal-femenino, destacando, en definitiva, el carácter subsidiario del primero en relación al segundo.

El consumidor sostiene con la prostituta un vínculo contractual que lo blinda de la soledad: su alternativa al co-aislamiento en su *celda postdoméstica*<sup>5</sup> es un amplio e indefinido abanico de mujeres, todas igualmente bellas, dispuestas a seguir sus órdenes a cambio de dinero. Si el Viagra opera como una tecnología de profilaxis de la pérdida de la soberanía sexual masculina (Navarro, 2017), la prostituta, por su parte, le permite al consumidor de servicios sexuales la profilaxis de la soledad. Sin embargo, la prostituta con que se encuentra explicita sus fallas: mientras él le propone una cifra generosa, ella afirma que no se ha depilado, que el producto que le ofrece se encuentra defectuoso (Ruiz-Tagle y Egaña Rojas, 2014: 128), ya que su praxis no se ajusta a los códigos dominantes de representación de los cuerpos en la pornografía y su propósito es crear un “nuevo nicho en el mercado, inventarme como producto hiperrealista o feminista, un producto que de paso reforme la cultura. [Sin embargo] ese producto mío sería imposible y por lo mismo estupendo” (126). De ahí el desajuste, el conflicto inminente entre, por una parte, el consumidor que demanda la calidad del producto que compra, y para quien todo un conjunto de discursos, instituciones e instalaciones arquitectónicas se encuentran dispuestas con la finalidad de otorgar legitimidad a su demanda (“Me señala algunas actitudes incorrectas, algunas prácticas indebidas. Me intenta enseñar” [128]); y, por otra, la prostituta que no transa con la disciplina de su

---

<sup>5</sup> En *Pornotopía* (2010), Preciado caracteriza al apartamento de soltero como una “celda postdoméstica”, puesto que retoma las cualidades de la celda célibe, cuyo origen se remonta a las reformas benedictinas y a la práctica dominica y jesuítica del aislamiento como forma de ascesis, al tiempo que, en la ciudad contemporánea, se presenta como un hábitat multimedia, una plataforma ortopédica, cuyo ocupante puede crear una atmósfera mediática totalmente controlada a través del flujo de información y de la ingestión de moléculas sintéticas y que opera como un mecanismo capaz de la producción pública de lo privado y de la espectacularización de la domesticidad. Sloterdijk, también había llamado la atención sobre cuestiones similares a raíz de la fascinación que despertó en Le Corbusier, unos de los arquitectos y urbanistas más influyentes del siglo XX, la forma de vida de los monjes cristianos en Florencia. El arquitecto llegó a afirmar en uno de sus diarios: “Me gustaría habitar toda mi vida lo que ellos llaman sus celdas” (cit. en Sloterdijk, 2006: 447).

comportamiento y lo único que puede hacer frente al alegato del cliente es una mueca de asentimiento, una sonrisa falsa con que sortear el desencuentro: “Yo pongo mi mejor cara de palo, mi mejor cara de ‘el cliente tiene la razón’, sonrío, me visto y me voy” (128).

La *potentia gaudendi* o fuerza orgásmica, entendida como la potencialidad de excitación inherente a cada molécula viva, no distingue sexo o género, no es humana ni animal y no privilegia por sí sola un órgano sobre otro; es en la gestión técnica de sus flujos, en el control tecnobiopolítico del orgasmo, en la conexión que establecen los cuerpos con la formación social, que toma forma la visión sustancializadora del sistema semiótico encarnado que es el sexo, el género y el deseo, concatenados en una relación de causalidad (Preciado, 2008; Butler, 2007). El porno modula tendenciosamente el deseo, determinando la *performance* teatral del género, invistiendo la materialidad sexual de un valor simbólico agregado y afectando, como en el caso de este último relato, las condiciones del consumo de los servicios sexuales. Esta modulación de la fuerza orgásmica que ejerce la pornografía, está presente en el relato “Semental” (134- 135), donde una voz masculina relata el modo en que la imagen pornográfica, literalmente, se apodera de él y de su deseo: “Así es cómo opera. Estoy acostado viendo tele, haciendo ejercicio, hablando por teléfono o navegando por internet, y una imagen se apodera de mí. Generalmente una vagina pelada me chupa como un agujero negro, me traga, y luego no me la puedo sacar de la cabeza” (134; énfasis añadido). En este relato, una voz masculina expone la percepción hipersexualizada que tiene de las mujeres que le rodean, afirmando imaginarlas todo el tiempo en circunstancias irreales, en donde estas, voluntariamente, exhibirían sus cuerpos desnudos para luego, en primer lugar, dar cuenta del modo en que busca sexo en línea y, segundo, referirse a la frustración que le provoca ver desperdiciados sus esfuerzos de llevar a cabo un encuentro sexual, debido a la hipocresía femenina:

Soy alto, musculoso, extraordinariamente bien dotado, además de apasionado y resistente. Pero empiezan con preguntas, con desconfianzas, como si no quisieran lo mismo que yo las muy zorras, como si no quisieran lo mismo que todos. Y por culpa de este país de mierda, de estas chilenas frías y taradas, en vez de meterlo en un agujero caliente, acabo, noche tras noche, corriéndome en la boca pixelada de alguna diosa porno como Belladona (134-135).

Su argumentación invierte el orden de los eventos al considerar que es la negativa femenina, fruto de cierta hipocresía velada de las “mujeres chilenas”, lo que provoca que finalmente termine masturbándose todas las noches. En verdad, es el consumo de la imagen técnica pornográfica, la recepción diaria de su representación hipersimplificada de la vida y el sexo, lo que condiciona su deseo,



produciendo esta percepción reductiva y cosificante del cuerpo femenino que redundando, a su vez, en la negativa por parte de estas a acceder a mantener un encuentro sexual con él.

En los relatos “Bondage” y “Putas” queda patente la peculiar relación del sujeto contemporáneo con los espacios que lo circunscriben, en el sentido de que, siguiendo a Sloterdijk (2006), el contacto de los personajes con la realidad se produce exclusivamente en entornos, atmósferas y espacios móviles, que tienen en común ser constructos de inmunidad altamente individualizados. Dentro de estos espacios inmunitarios, donde el cuerpo emerge a costa de la depuración de sus debilidades intrínsecas, el departamento detenta un lugar especial, al constituir una expresión paradigmática del *modus vivendi* del habitante metropolitano: el *single*, monje vacío, caracterizado, paródicamente, por una vocación monacal a la vida en solitario, extática, fervorosamente devota de sí misma, es el individuo que, liberado de la paternidad, del trabajo físicamente agotador y convertido en un consumidor controlado dedicado al cuidado de las relaciones consigo mismo, reduce su hábitat a una egósfera atómica o elemental, a una burbuja celular amontonada una sobre otra que comparten entre sí un principio de co-aislamiento de cuya repetición masiva surgen las espumas individualistas (Sloterdijk, 2006; 2003). El departamento de soltero (como también, y por extensión, la habitación de hotel) es una proyección del culto moderno a la individualidad y la autonomía, que cuenta con las condiciones arquitectónicas y sanitarias mínimas para la resolución de un ciclo circadiano completo de cuidados de sí mismo (Sloterdijk, 2006). Por otro lado, y siguiendo a Preciado (2010), el departamento de soltero marca un punto de inflexión en lo que respecta a la mutación de los regímenes disciplinarios que, por la vía de la politización y mercantilización de la vida privada, darán pie a la producción del nuevo consumidor masculino urbano, liberado de las tradicionales imposiciones del hábitat doméstico de la familia nuclear: tal como queda representado en estos relatos, el departamento es un centro de gestión de información en el que se procesan y producen ficciones mediáticas de lo público y se suplementa el cuerpo masculino, siempre demasiado vulnerable por sí solo, con un conjunto de mercancías y técnicas de comunicación que vehiculan y legitiman una percepción reductiva y cosificante del cuerpo femenino.

Tanto en “Putas” como en “Bondage”, la dinámica del encuentro entre los personajes es el mismo: primero, los sujetos acuerdan reunirse en una zona de tránsito donde consumen alimentos con una raigambre cultural extranjera (italiana y francesa, respectivamente), para luego trasladarse en automóvil a un lugar donde consumir el acto sexual; ya sea en una nueva zona de tránsito, como la habitación de hotel, o bien, el departamento de soltero. En estos cuentos, como a lo largo de toda *EATP*, los sujetos se desplazan entre y a través de lo que, empleando un término acuñado por Marc Augé (2000), podemos denominar como *no lugares*: el auto, el

avión, el aeropuerto, el centro comercial, el restaurant, el hotel, las rutas terrestres y aéreas, etc. Mientras el *lugar antropológico* es creador de lo social orgánico, en tanto lugar de la experiencia de relación con el mundo de un ser esencialmente situado, contando como principales rasgos su carácter identificador, relacional e histórico, el *no lugar* es el *espacio del viajero* que integra tanto los puntos de tránsito como todas las instalaciones necesarias para la circulación acelerada de personas y bienes. El sujeto accede a dichos espacios a costa del sometimiento a diversas instancias de control, de individualización e identificación, generadoras de una *contractualidad solitaria*, pruebas de una inocencia constantemente impugnada. Si el departamento es la expresión arquitectónica del espacio privado de la vida del *single* en tanto monje vacío situado sedentariamente en su celda postdoméstica, los no lugares son la expresión arquitectónica del espacio público de la vida *nómada*<sup>6</sup> del *single* en tanto “ciudadano del cosmos” (Sloterdijk, 2002: 63). El departamento de soltero y los no lugares, son el resultado de la mutación experimentada por los constructos arquitectónicos de inmunidad y, en general, de todo “el ‘conglomerado de los mecanismos vitales’ [...], [que] cae[n] durante el siglo XX dentro de una fuerza centrífuga que dispersa a los individuos, separándolos en *células de mundo propias*” (Sloterdijk, 2006: 443; énfasis añadido), produciendo, de este modo, la vida insular del *single* que vaga por las ciudades sin pertenecer a nadie, tal como una *isla nómada* (Sloterdijk, 2006; 2002). En otras palabras, el habitar del *single* se encuentra integrado a un circuito cerrado de experiencias preestablecidas que oscila permanentemente entre lo mínimo y lo máximo, siendo, al mismo tiempo, un *atleta de soledad* y un *habitante de la totalidad*.

### Autoemparejamiento en la atmósfera insular

Lo que caracteriza a estos espacios de inmunidad, a estas células de mundo propias, es permitirles a las subjetividades, en estos casos, mayoritariamente identificadas con el género masculino, satisfacer técnicamente su deseo. De esta

---

<sup>6</sup> En *Ética postmoderna* (2009), Zygmunt Bauman propone que la metáfora de la vida *nómada* resulta imperfecta para describir las circunstancias vitales de los hombres y mujeres arrojados a la condición postmoderna, ya que el *nómada* se mueve de un lugar a otro, en una sucesión estrictamente regular y en torno a un territorio bien estructurado, donde a cada fragmento se le asigna un significado estable. Más preciso para él sería hablar de vagabundos y turistas: mientras “el vagabundo viaja a través de un espacio no estructurado; cual viajero en el desierto, que sólo conoce los caminos marcados por sus propias huellas [...], el vagabundo estructura el sitio que casualmente ocupa en ese momento y procede a dismantelar dicha estructura en cuanto se va” (2009: 280); el turista, por su parte, es un sujeto caracterizado por una capacidad estética y lúdica, con la que el vagabundo solo puede soñar, y que desarrolla gracias a la libertad proporcionada por su capacidad de gasto, la cual, a su vez, le permite desplazarse *a través* de los lugares, en una trayectoria siempre predefinida y sin responsabilidad moral con respecto a lo que observa.

proliferación de células de mundo propias deriva una ficción imposible e inédita: el *autoemparejamiento*, el auto-desdoblamiento del yo, la producción artificiosa del otro en el terreno de la mismidad.

Beso una concha. Hundo la lengua entre sus pliegues, succiono, lengüeteo. De pronto miro hacia arriba y me doy cuenta de que esa concha que me estoy comiendo es mía. Trato de entender (¿cómo es posible que tenga la cabeza cómodamente instalada entre las piernas?). Vuelvo entonces a mirar hacia arriba, hacia el cuerpo de la concha que succiono, y encuentro la respuesta a mi pregunta: no hay cabeza, estoy decapitada. (Ruiz-Tagle y Egaña Rojas, 2014: 163)

En este relato titulado “Yo”, es posible entrever con claridad dos problemáticas yuxtapuestas cuya representación simbólica condensa las implicaciones de la neutronización y la profilaxis social, al mismo tiempo que una salida tangencial a esta circunstancia: (1) la representación de un cuerpo que ejecuta un auto-cunnilingus (2) al mismo tiempo que se encuentra decapitado. Si la experiencia erótica es, por antonomasia, un acto que implica la elisión de la mismidad que equivale a la muerte del Yo, para el reconocimiento de la negatividad del otro (Han, 2014), el auto-cunnilingus como también, evidentemente, la auto-felación, la contorsión imposible y, a lo menos, forzosa que implica, representa tanto la prescindencia del Eros reemplazado por el sexo puro y simple, como el rechazo de la experiencia del encuentro con el otro para el hundimiento del Yo en la mismidad. Paroxísticamente, en el terreno de la sexualidad, este texto grafica la situación en que habita el *single*, sujeto puntual, que ha caído en manos del poder del espejo, de la función reflectiva, *autocompletante*, que lo impele a la adscripción de una *ficción de autonomía* que le hace organizar su vida bajo la ilusión de que podría realizar “sin un otro real, el papel de las dos partes en el juego de relación en la *esfera bipolar*” (Sloterdijk, 2003: 192; énfasis añadido).

Con el término *autoemparejamiento*, Sloterdijk (2006) no remite al “vivir solo” en el sentido de la falta de complementación humana, equivalente a la no-simbiosis con otros, sino que habría que interpretar este *modus vivendi* como *autosimbiosis*, en el sentido de que la pareja de la estructura diádica de la esfera primitiva (la madre y el hijo, los amantes heterosexuales, el alma y Dios), es completada por el individuo por sí solo, mediante un proceso continuo de diferenciación de sí, siempre y cuando disponga de accesorios y técnicas mediadoras orientadas a la autocomplementación, el autocuidado, la automodelación y, en fin, el autoemparejamiento mismo. Este acto de auto-administración de placer por medio del sexo oral es posible interpretarlo como una representación paroxística de la prescindencia y anulación del otro y, por extensión, del rechazo de la experiencia erótica, comprendida como el encuentro entre *otredades discontinuas* que buscan,

precisamente, la anulación de esa discontinuidad, es decir, la superación del *abismo* (usando estas palabras con el sentido que les adjudica Bataille [1997]) que separa a un cuerpo de otro por medio de la experiencia erótica. Si bien, evidentemente, la autofelación no aparece representada dentro de las prácticas explícitamente ejecutadas por los cuerpos masculinos en “Bondage” y “Putas”, ni tampoco en la mayoría de los textos en *EATP*, sí es posible adscribir el universo semiológico que circunscribe sus prácticas sexuales bajo el signo del auto-cunnilingus, de la auto-felación, en el sentido de que el encuentro erótico al que dan expresión sus cuerpos se basa en la estabilización y permanencia idéntica de sí, en la búsqueda de una confirmación de sí mismos en un otro cuya otredad ha sido neutralizada, en la auto-gestión de dosis seguras de placer que no conlleven una alteración aguda de los sentidos y el estilo de vida. El desarrollo técnico contemporáneo, orientado a la profilaxis del mal (Navarro, 2017), mantiene un vínculo coadyuvante con el Yo, encarnado en la figura del consumidor de servicios sexuales, al mismo tiempo que se despliega para la obstrucción de la manifestación del otro, encarnado en la figura de la *escort*. Precisamente porque en “Putas” se ha colado un otro bajo la figura de la trabajadora sexual, ha acontecido un *accidente* que conflictúa la praxis del estatuto identitario desde el cual se posicionan sus respectivos clientes (el descentramiento del coito vaginal, un cuerpo que deliberadamente no se adscribe a los modelos de belleza), es que los textos se enfocan, fundamentalmente, en la representación del conflicto que este otro ocasiona, consistente en el desajuste entre la demanda de un servicio particular y la oferta de un servicio que conlleva, solapadamente, la fuga del territorio de la mismidad.

Sin embargo, la decapitación en “Yo” remite a un fenómeno totalmente diferente. La persistencia vital de las subjetividades después de la muerte de Dios, esto es, de la percepción de la muerte como “mera ruptura, una estación intermedia entre el ser y la nada, no entre el más acá y el más allá” (Sloterdijk, 2003:507); esta persistencia vital, deviene mera autoconservación o, en términos de Byung Chun Han (2014), *mera vida*, es decir, *vida reducida a reacción de autoconservación frente a la muerte y el fin*. Bajo condiciones de inmunidad óptima, los miedos existenciales de la civilización toman la forma de un interés general en la salud y en la consideración del cuerpo como campo de riesgo de potencial subversión. La pérdida de la cabeza en tanto representación de la autoridad consciente, de la racionalidad y la univocidad corporal (Bataille, 2005), supone la desintegración del ego, la *muerte del Yo*, el apocalipsis que redime al Yo del infierno de lo igual. La decapitación como muerte del Yo constituye la contracara del autoemparejamiento y la autoconservación, la catástrofe inminente y contigua a la frágil y efímera potestad autoadjudicada del Yo para elidir al otro: la decapitación como la muerte, es el acontecimiento desastroso, la irrupción, en el terreno de la mismidad, del *afuera* de la vida, de lo totalmente otro que viene a suprimir y a vaciar lo propio (Han,

2014). La muerte como experiencia liminar de la vida se percibe y configura, en la gestión biopolítica de los cuerpos, como la expresión cúlmine de, por un lado, una discapacidad biológica intrínseca y, por otro, de una insuficiencia técnica en lo que respecta a la suplementación de dicha discapacidad: las catástrofes, los accidentes, nos asedian como un destino irrevocable en nuestro intento por oponernos al fin que es la muerte. De ahí que el erotismo pueda ser definido como “aprobación de la vida hasta en la muerte” (Bataille, 1997: 15), en el sentido de que, siguiendo la interpretación de la dialéctica hegeliana del amo y el esclavo por parte Han (2014), es la *capacidad de muerte*, es decir, de trascendencia y transgresión más allá de la *mera vida*, lo que determina la posibilidad misma de la experiencia erótica y lo que distingue, precisamente, al amo del esclavo: el capitalismo, dada su compulsión a la acumulación y al crecimiento, absolutiza la mera vida fetichizando la salud como reacción a la negatividad de la muerte; sin embargo, quien no tiene capacidad de muerte se aferra a la mera vida, permaneciendo como esclavo sometido al amo, quien, por otro lado, y al contrario, no teme a la muerte ya que su deseo de libertad lo eleva por encima de la preocupación por la mera vida. La decapitación evoca la redención a la que debe ser sometido el esclavo autocomplaciente en razón de su discapacidad consustancial a dar cabida a un otro en la auto-felación general que es su mera vida toda.

Imagino una vida de TV cable sin restricción, de Internet sin padres, de papas fritas y rubios musculosos. Me veo practicando aeróbica con videos y aparatos comprados en inigualables ofertas televisivas. Me imagino sacando solitarios, evitando las fiestas y los viajes, viviendo en un tiempo en el que los días y las noches no se pueden distinguir. En *mi fantasía* ya no uso la cama, habito el sofá. Imagino ganar plata como moderadora de salas de chat. Imagino que puedo fumar todo lo que quiera, imagino las ventajas de que solo el repartidor de pizza pueda sentir mi aliento. Imagino pasar horas conociendo gente de los cinco continentes, desnuda, a través de Chatroulette. Imagino una vida de *orgasmos por control remoto* y un *candado chino* del que nadie tiene llaves. (Ruiz-Tagle y Egaña Rojas, 2014: 110; énfasis añadido)

Más explícito que “Yo”, pero animado por la misma fantasía, este relato titulado “Onanismo” alude a la idílica posibilidad de configurarse a sí mismo en solitario, identificando un conjunto de prácticas de autosimbiosis, de autoadministración de dosis seguras y estables de placer, que suponen la absoluta prescindencia del mundo exterior a la célula de mundo: el trabajo *online* que suprime el contacto humano, el ejercicio físico frente a la pantalla televisiva, el contacto humano vía chat y videollamada; todo sobre la base de la producción de una atmósfera insular compuesta por un conjunto de dispositivos técnicos que permiten la producción

de un ritmo circadiano a voluntad y medida del sujeto, otorgándole la capacidad de prescindir de los ciclos de la naturaleza y la luz solar.<sup>7</sup> Asimismo, la voz narradora equipara explícitamente este conjunto de prácticas de autoemparejamiento a la masturbación telecomandada y, significativamente, a la autopenetración (“candado chino”), equiparable a la práctica de la auto-felación. Paradojalmente, sin embargo, esta fantasía clausura al Yo en el terreno de la mismidad, haciendo de la auto-penetración una verdadera jaula de la que “nadie tiene llaves” puesto que remite a la condición generalizada de individualidades co-aisladas en células de mundo propias.

El texto “Masturbación” pone de manifiesto una problemática colindante y alterna a las manifestadas por “Yo” y “Onanismo”: “Cayendo por un abismo abierto en mí, *me aferro a una superstición de rostro humano* y le pido que resista unos momentos antes de abandonarme a mi suerte” (2014: 98; énfasis añadido). El hundimiento del sujeto en el abismático fondo de su mismidad deviene por metástasis, es decir, por saturación, en el aniquilamiento del Yo, representado en la figura *rostro* en tanto agujero por medio del cual la subjetivación se labra y manifiesta (Deleuze y Guattari, 2002). Sin embargo, este rostro no es una identidad sedimentada sino que, más bien, en el contexto de la mismidad saturada, se revela como un espectro, apenas una máscara sin la cual el sujeto se encuentra desvalido, desprovisto de la posición de enunciación y acción que este rostro le confiere. El Yo extático del *single*, incapaz de negarse a sí mismo, condenado a aceptar su importancia, no puede destruir su rostro puesto que este, su máscara, la identidad que ha producido a costa de su servidumbre voluntaria, es todo lo que tiene, aún cuando reconozca su artificialidad. La tragedia que representa este texto en particular, consiste en la imposibilidad, por parte del sujeto, de ceñirse ingenuamente a los parámetros identitarios biopolíticamente asignados, pero cuya determinación, a la vez, se presenta como la única vía de acceso a una vida y un cuerpo posible, abierto a la inteligibilidad social. Como el auto-cunnilingus, la auto-felación, la auto-penetración, la masturbación (todas prácticas sexuales en solitario) connotan en el texto la problemática situación ontológica a la que se ve enfrentado el *single*: sin otro a quien amar el *single* cae en el abismo consustancial a su

---

<sup>7</sup> Para Sloterdijk la representación literaria más elocuente de la atmósfera insular, de la *isla absoluta*, es el *Nautilus* en *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1869) de Julio Verne, en tanto “prototipo de mundo de extrema clausura e introversión, con órgano propio y amplia biblioteca a bordo, un enclave climatizado capaz de sumergirse, en huida permanente de seres humanos y barcos, errante y evasivo [...]. El submarino, con libertad de movimiento, representa una prótesis insular completa, que explicita y reconstruye los rasgos fundamentales del ser insular en sus aspectos esenciales” (2006: 244).

discontinuidad ontológica, puesto que carece del amor que es el *punte* por medio del cual los cuerpos sortean este abismo que los separa (Bataille, 1997).

Retomando el problema planteado en el apartado anterior y en base a lo recién expuesto, podemos afirmar que en estos textos el departamento de soltero, la célula de mundo propia, enclavada en la ciudad tercermundista opera como una *pornotopía*, es decir, una heterotopía sexual (Preciado, 2010), al mismo tiempo que como una *heterotopía de crisis* (Foucault, 2010), de crisis ontológica, pero también política, económica y social. El departamento es una *pornotopía* ya que por medio de una domesticidad orquestada por dispositivos técnicos de vigilancia y reproducción audiovisual, produce la subjetividad del heterosexual consumidor de servicios sexuales como un derivado de sus operaciones espaciales (Preciado, 2010); ya sean estas un ascensor que conecta directamente la zona del estacionamiento con el piso del departamento para ingresar al edificio parejas sexuales y prostitutas con rapidez y disimulo, o bien, los catálogos de prostitutas online disponibles a toda hora y en todos los dispositivos técnicos del departamento. Por otro lado, Fragio (2014) distingue las *isotopías* de las *heterotopías de crisis*: mientras la primera sería el espacio invadido por la crisis, donde la crisis se materializa y deviene norma (las zonas depauperadas de la ciudad y el planeta); la segunda es el espacio que se resiste a esta, que preserva una normalidad sustrayéndose de la realidad, indiferente a esta o no, y en la que “se gestiona, administra y mantiene bajo control la realidad de la crisis dominante por doquier. Espacios, en suma, altamente idiosincrásicos [por no decir individualizados] donde se despliegan toda suerte de fuerzas y prácticas de poder orientadas a contener y crear distancias con respecto a la realidad omnipresente de la crisis” (Fragio, 2014: 46). El departamento, homólogo arquitectónico del dinero que posibilita al joven distanciarse de su patria subdesarrollada en “Bondage”, opera como una heterotopía de crisis en el sentido de que posibilita al *single* la diferenciación de sí, la autosimbiosis, el ejercicio de la vida en solitario, pero, asimismo, lo distancia de la experiencia de la implicación moral con respecto a los fenómenos de la desigualdad social y la pobreza en tanto que lo posicionan geopolíticamente en un centro financiero, o bien le permite eludir la manifestación del otro en la territorialidad en que se desenvuelve.

## Conclusiones

El corpus de textos analizados de la *Enciclopedia del amor en los tiempos del porno* representa a subjetividades que, situadas en sus respectivas células de mundo propias, se encuentran determinadas por un sistema semiótico y técnico que abarca desde sustancias químicas sintetizadas hasta códigos performativos de representación de los cuerpos en la pornografía, el cual se encuentra dispuesto con la finalidad de gestionar la *potentia gaudendi*, verdadero sustrato del capitalismo. El departamento, por un lado, opera como una pornotopía, es decir, como una

“máquina performativa de género” (Preciado, 2010: 87), pero también, al mismo tiempo, como una heterotopía de crisis que permite a la subjetividad ponerse al resguardo de las fuerzas desestabilizadoras de la identidad, así como de la presencia inquietante del otro. De ahí que al sujeto situado en estos espacios, se lo caracteriza aferrado a sus privilegios y cooptado por los códigos dominantes de representación corporal.

Rodeado de diversas prótesis de la subjetividad, de tecnologías de comunicación e información orientadas a producir y sostener un desequilibrio político, sexual y económico entre hombres y mujeres, el *single* cae en una ficción de autonomía, que lo incapacita para la experiencia del amor, en tanto acto voluntario de desreconocimiento de sí mismo, movimiento en dirección hacia el otro (Han, 2014). Puesto que esta subjetividad se halla suplementada técnicamente por el espacio artificial que lo envuelve y lo separa geopolíticamente del “otro”, no puede prescindir de este *locus*, como tampoco puede hallar el amor: la experiencia del amor está condicionada a la voluntad del sujeto por relevar la posición de identidad, por claudicar de su facultad de afirmar soberanamente su identidad como una dimensión positiva y transparente para sí mismo, teniendo, por tanto, que abrirse a la precariedad del otro, suspender la mirada instrumental y cosificadora que caracteriza al consumidor de servicios sexuales regido por una racionalidad financiera, y avocarse a la práctica de la mixtura ciega y anónima de las membranas mucosas con otros cuerpos hablantes.

Estos textos, en definitiva, exhiben la paradoja de que la ampliación de las oportunidades existenciales, el auge del mimo, trae aparejado una clausura de las subjetividades en modelos ontológicos serializados, estrechos y restrictivos, amparados por una inclinación general a la “apropiación activa de la propia pasividad” (Sloterdijk 2010: 82), es decir, el sometimiento voluntario al influjo ejercido por las operaciones de especialistas, dejándose moldear, entretener, informar y representar por estos. De este modo, estos textos nos demuestran que la pasividad y el infantilismo de la vida insular, a la que imperceptiblemente hemos sido reducidos, parece despojarnos de la sensibilidad necesaria para notar la pérdida de la libertad, el carácter fundamentalmente servil de nuestras formas de vida basadas en las mercancías de la comodidad y el entretenimiento.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Augé, Marc (2004), *Los “no lugares”. Espacios del anonimato*, Barcelona, Gedisa.
- Bataille, George (1997), *El erotismo*, Barcelona, Tusquets.
- Bauman, Zygmunt (2009), “Vagabundos y turistas: Tipos postmodernos”, *Ética postmoderna*, Barcelona, Paidós: 279-285.



- Butler, Judith (2001), *Mecanismos psíquicos del poder*, Madrid, Cátedra.
- (2007), *El género en disputa*, Barcelona, Paidós.
- Cirlot, Juan Eduardo (2006), *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Siruela.
- Cortés, José Miguel (2004), “La erección de la ciudad vertical”, *Hombres de mármol. Códigos de representación y estrategias de poder de la masculinidad*, Barcelona, Egales: 213-229.
- Deleuze, Gilles (2005), *Derrames entre el capitalismo y la esquizofrenia*, Buenos Aires, Cactus.
- Deleuze, Gilles y Felix Guattari (2002), *Mil mesetas*, Valencia, Pre-Textos.
- Foucault, Michel (2010), *El cuerpo utópico. Las heterotopías*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Fragio, Alberto (2004), “Heterotopías de la crisis”, *La torre del Virrey: Revista de estudios culturales*, 15: 45-48.
- Guattari, Felix y Suely Rolnik (2006), *Cartografías del deseo*, Madrid, Traficante de Sueños.
- Gubern, Roman (2005), *La imagen pornográfica y otras perversiones ópticas*, Barcelona, Anagrama.
- Han, Byung Chul (2014), *La agonía del Eros*, Barcelona, Herder.
- Lefebvre, Henri (2013), *La producción del espacio*, Madrid, Capitán Swing.
- Navarro Morales, Marcelo (2017), “Subjetivación en la espuma. Entre la disolución de la dialéctica inmunológica y la producción técnica de la inmunidad y el sujeto”, *Revista de filosofía*, 73: 143-160.
- Preciado, Paul B. (2001), *Manifiesto contrasexual*, Barcelona, Anagrama.
- (2010), *Pornotopía*, Barcelona, Anagrama.
- Ruiz-Tagle, Josefa y Lucía Egaña Rojas (2014), *Enciclopedia del amor en los tiempos del porno*, Santiago, Editorial Cuarto Propio.
- Sloterdijk, Peter (2002), *En el mismo barco. Ensayo sobre la hiperpolítica*, Madrid, Siruela.
- (2003), *Crítica de la razón cínica*, Madrid, Siruela.
- (2006), *Esferas III*, Madrid, Siruela.
- (2010), *En el mundo interior del capital. Para una teoría filosófica de la globalización*, Madrid, Siruela.

